

CUANDO EL SEXO ES PROBLEMA

LOS doctores Masters y Johnson —un hombre y una mujer— realizaron un estudio del comportamiento sexual humano que continuaba en cierta forma al famoso de Kinsey, y quizá lo superaba en capacidad de escándalo. Kinsey basó su estudio en encuestas completísimas, y numerosísimas también. Masters y Johnson lo realizaron por observación directa, eléctrica y química, mecánica y óptica, de un grupo de 382 mujeres y 312 hombres. Los actos amorosos de estos cobayas humanos estaban cuidadosamente registrados: la temperatura en distintas partes del cuerpo, los latidos del corazón, los cambios de color, la frecuencia y la profundidad de la respiración... Un cierto número de datos de carácter médico fueron descubiertos durante su larga investigación, y publicados después. El libro «Human Sexual Inadequacy» fue vendido en centenares de miles de ejemplares y traducido a todos los idiomas. Encontró rápidamente una oposición, o varios tipos de oposición. La más frecuente era la de los moralistas puritanos, que discutían la legitimidad de hacer realizar el acto sexual con la única finalidad de observarlo. Desde el punto de vista científico, las objeciones principales consistían —y consisten— en considerar que los sujetos, sabiéndose filmados, observados, unidos en las partes más sensibles de su cuerpo a terminaciones eléctricas encargadas de medir sus reacciones, no podrían tener un comportamiento normal. Desde el punto de vista psicoanalítico, se combatió también la experiencia: raras veces las cuestiones sexuales —decían— son puramente físicas, y la observación electrónica no permite medir los problemas psicopatológicos. Finalmente se combatió el largo experimento de Masters y Johnson en el sentido de que sus descubrimientos parecen inútiles.

Sin embargo, su popularidad siguió aumentando, y les sirvió para montar una de las clínicas más famosas del mundo, la de San Luis. Con tratamientos a base de dos semanas de estancia —en un «motel» inmediato— y unos honorarios medios de 2.500 dólares —unas 140.000 pesetas, tras la devaluación—. La clínica está en un gran parque, con parque zoológico, trenecito interior, algunas diversiones familiares y honestas dispuestas para la reducción de las tensiones: una Disneylandia del sexo. Los pacientes acuden en parejas: se entiende que los problemas sexuales no afectan al individuo solo, sino a la pareja. Y el tratamiento de Masters y Johnson se dirige a los dos: el individuo solo no puede curarse. Pero, ¿cuando el individuo está solo? Entonces, la clínica de Saint Louis le ayuda con lo que se llama «conyuges terapeutas» o «re-

placement partners»: compañeros de sustitución. Esta es la parte más discutida de la clínica, la más atacada. Ha tomado categoría de escándalo cuando un ciudadano ha denunciado a la clínica porque utilizaba a su esposa como «cónyuge de sustitución». ¿Es una prostitución científica? ¿Simplemente una

forma cara de prostitución? ¿Puede considerarse tranquilamente como una terapéutica?

Los «cónyuges terapeutas» son hasta ahora solamente del sexo femenino. Las mujeres con problema han llevado siempre a sus compañeros. Pero el concentrado hombre solo, precisamente el que no



La pareja de sexólogos doctores Masters y Johnson continuaron los trabajos iniciados por Kinsey con su famoso informe. Así como Kinsey se basaba en encuestas, Masters y Johnson fundamentan sus investigaciones en la observación directa del comportamiento sexual humano.

puede romper su soledad por una terrible consideración de sí mismo, por la forma humillante en que aparece su problema, por temor al sexo contrario, es el que recibe esta terapia. ¿Quiénes son estas mujeres? Deben ser normales —desde el punto de vista de Masters y Johnson—, puesto que de otra manera no servirían. Las prostitutas profesionales están, por lo tanto, excluidas. Son «voluntarias». Una de ellas es doctora, que piensa dedicarse a la terapia sexual. Hay viudas de hombres que han tenido problemas, y se consideran especialmente predispuestas a aliviar a esta clase de hombres desesperados. Las hay que consideran este trabajo como normal, puesto que se hace «con buen fin».

La terapia de Masters y Johnson es lo que informa principalmente el libro de Julius Fast, «La nueva adecuación sexual», que se publica ahora en castellano (Editorial Kairós, Barcelona). Podría considerarse que el libro, en los Estados Unidos, es un instrumento de propaganda de la clínica de Saint Louis. No así en España, por varias razones. Una de ellas es que sólo una minoría de privilegiados económicos podría emprender un viaje y un tratamiento tan caros. Otra, que cuesta un cierto trabajo situar los problemas expuestos en un contexto español. No porque aquí no se produzcan, y quizá con mayor frecuencia, casos de vaginismo, de dispareunia o de impotencia, sino porque se producen «de distinta manera».

El sexo es eminentemente nacionalista. Se ha llegado a emitir la hipótesis de que hay 3.500 millones de variantes sexuales; es decir, tantas como habitantes tiene el mundo. Cada uno tiene un comportamiento distinto, como tiene unas huellas dactilares distintas. Sin necesidad de exagerar, puede decirse que cada etnia tiene un comportamiento sexual muy distinto. Los famosos descubrimientos de Margaret Mead, tan explotados luego por sociólogos y antropólogos, en los indígenas de las islas Trobriand, sirvieron para demostrar que lo que en las sociedades occidentales se tenía como inmutable y natural, no lo era; pero de ninguna manera para mostrar que los indios arapesh constituían «lo natural», sino una variante relacionada con su cultura y con su «hábitat». Se ha reprochado al doctor Freud que los descubrimientos dados por él como universales eran en realidad adecuados al grupo judío de una sociedad burguesa en la Viena de principios de siglo (las distintas procedencias de sus discípulos y, luego, la continuación y las derivaciones dadas al psicoanálisis han evitado esa simple localización, aunque se conserva mucho de ella aún).

El nacionalismo del sexo, o su ubicación en una cultura determi-



PABLO BERBEN

Louis, parecen considerablemente inadecuados. Sobre todo, en la forma de cuentos de hadas en que los presenta Julius Fast. La técnica en cada uno de sus capítulos principales es invariablemente la misma. Describe una pareja y, brevemente, el «background», la biografía de cada uno, que más o menos explican la procedencia cultural del problema. El tal problema se plantea cuando los dos individuos se unen en matrimonio: y no antes. Acuden al médico de cabecera, quizá al urólogo o al ginecólogo, incluso al psiquiatra. El alivio no llega hasta que alguien de los consultados dice las palabras mágicas: «Existe una clínica en Saint Louis que...».

Una vez en la escuela de Saint Louis, el tratamiento es prácticamente el mismo para cada pareja. Unos terapeutas interrogan y hacen la anamnesis: un hombre para el hombre, una mujer para la mujer. A veces se intercambian. Hay luego una mesa redonda donde los dos cónyuges y los dos terapeutas tratan abiertamente el problema. La prescripción suele ser siempre la misma: un comportamiento sexual determinado para un par de semanas. Unos días de conocimiento y exploración de la pareja entre sí, sin realizar el acto sexual, que es conflictivo; unos días de mayores avances y unos días en que poco a poco se llega al acto y, finalmente, al orgasmo que recompensa. ¿Por qué quince días? Julius Fast explica la extraña razón terapéutica: es el tiempo que normalmente puede permitirse la pareja para estar fuera de su trabajo, separada de sus hijos si los tienen. Puede decirse también que es el tiempo máximo que les suelen permitir sus ahorros o el crédito. Esta adecuación del período curativo al período posible es altamente sospechosa.

Fácilmente puede verse leyendo este libro —y con otra bibliografía no publicada en España sobre la escuela de Masters y Johnson—, que la verdadera terapéutica la realizan los enfermos, o la pareja —una pareja con problema sexual de uno sólo de los cónyuges puede considerarse una pareja enferma—; es decir, a pesar de la experiencia fisiológica y anatómica de Masters y Johnson, la conclusión es la misma que la del psicoanálisis: los mecanismos de represión y de seguridad de la sociedad han actuado de manera anormal sobre un individuo, porque sobre él se ha cruzado un exceso de influencias o una serie de contradicciones, y es solamente la comprensión por parte de este individuo del problema y la comprensión de quien comparte su vida, y no sólo sexual, sino con toda la amplitud de la vida conyugal en una sociedad organizada, la que puede deshacer el conflicto. La variante de la técnica de Masters y Johnson consiste en que

mientras el psicoanálisis o la psiquiatría ordinaria puede tardar años en resolver el conflicto, ellos, combinando unas técnicas de comportamiento fisiológico con una parte considerablemente psíquica —la confianza mutua de la pareja, la falta de ansiedad, la supresión de los reproches, el conocimiento del cuerpo del otro...—, pueden resolverlos, según ellos y según Julius Fast, en el plazo de quince días. De todas formas, en el libro se presenta honestamente —aunque demasiado velozmente, quizá— un resumen estadístico en cada caso, indicando un cierto número de fracasos, que suele ser mínimo o inoperante, pero que cubre la posibilidad de que el estimulado por su lectura fracase en la clínica de Saint Louis: será que forma irremediamente parte de la estadística negativa.

No es justo emitir mayores dudas sobre los procedimientos de Masters y Johnson —sobre todo, si se dejan a un lado los reparos morales— sin poder realizar un examen más directo y más profundo de sus realidades. Pero sí se pueden hacer toda clase de reservas. En primer lugar, la construcción de toda la clínica y de todo el sistema sobre una base económica fuerte: sólo para ricos, o para medianos que puedan invertir todos sus ahorros y llenarse de deudas. De lo conocido, no hay nada que pueda indicar que la pareja, en su lugar habitual de residencia y sin abandonar sus trabajos, no pueden realizar el mismo descubrimiento mutuo si son asesorados por un buen sexólogo, incluyendo en el asesoramiento lo descubierto y lo tratado por Masters y Johnson. En segundo lugar, la descripción de los problemas, y aun la forma de discutirlos y tratarlos, parece pertenecer muy concretamente a la etnia de los Estados Unidos —o una parte de ella: los casos clínicos presentados en el libro parecen arrancados de una misma familia, o de un mismo medio—, y es difícil adecuarlo a otros países.

La literatura española sobre estos problemas es hasta ahora muy escasa, y está generalmente basada en estudios, estadísticas o experiencias clínicas procedentes de otros países. Los tabúes sexuales son muy fuertes en nuestro país, y están ahora comenzando a romperse en el sentido sociológico y científico, cuando en otras partes nos llevan ya gran ventaja. Un libro como el de Julius Fast es curioso y es interesante: pero hay que estar muy en guardia contra sus excesos propagandísticos y contra la imagen que pueda dar de su posibilidad de aplicación en España. Aunque la idea general de restablecer la confianza sexual mutua en la pareja, reducir las tensiones y los temores, anular enteramente los reproches, es válida en todas las latitudes. ■

nada, es absolutamente natural, porque como hasta ahora no se ha desligado de su función reproductora, cada religión lo ha considerado como fuente de vida, cada sociedad como regulador de su demografía, y, por lo tanto, las fuentes de dirección y de represión y control han sido distintas en cada una de las etnias. Es muy fácil acudir al ejemplo de la poligamia árabe, autorizada y ensalzada en una época guerrera, de gran mortalidad masculina, para asegurar la reproducción de la especie, y prácticamente desaconsejada en la actualidad, cuando el problema es el del conflicto malthusiano entre el crecimiento de la población y el de alimentos y bienes de consumo. Puede acudirse también a otros ejemplos de comportamiento sexual según la

clase social: al mayor número de nacimientos en los países subdesarrollados, y, dentro de un país, entre las clases menos privilegiadas. Sobre estas bases actúan una serie de elementos, míticos unos, reales otros: la educación, la fuerza de la familia el folklore, la literatura, las conversaciones infantiles... De este juego de estímulos y represiones nacen, generalmente, los conflictos. Pensemos por un momento en uno de los grandes absurdos de la tradición folklórica española, donde al hombre se le evalúa en función de una exageración de su capacidad, su velocidad, su abundancia amorosa, y a la mujer en función de su castidad, su pudor, su reserva, su negatividad.

Los relatos aquí de los éxitos resolutivos de la clínica de Saint